

Poemas

Juan L. Ortiz

Quién eres...

Quién eres tú, oh niña, de qué campos
con esa flauta triste?

Por qué el aire suena así tan melancólico
si el arroyo es el camino, allá,
de la plata del aire?

Quién eres tú, de música y de lágrimas,
en las colinas del silencio?

Quién eres tú, di, quién eres tú,
y es de este mundo ese país que hilas
de repente a mi lado lo mismo que una lluvia?

Quién eres tú, y de qué muerte vienes,
o de qué vida dulce ni siquiera soñada
suspendida a un paisaje apenas entrevisto?

Quién eres tú, di?
Eres la pena desconocida, de qué tiempos?
que encuentra no se sabe dónde, no se sabe qué agua,
y moja y moja un aire blanco?

O eres acaso, di,
eres la dicha inédita, niña misma del aire,
pero en un "aire" tímido tejido
por unos dedos de neblina,
al saberte, oh tú, recién libre de los velos,
y todavía imposible, ay, en los juncos de aquí?

Quién eres tú, di, de llanto antiguo,
alada sobre un arroyo antiguo, en el soplo antiguo
de una melancolía casi de ángel
con las perlas, que no sabemos, de este aire?

Quién eres tú, oh niña, y qué rocíos
los de esa flauta íntima?

Y qué hálito es el tuyo, di,
que nos une, al final, del otro lado ya del aire,
en un solo hilo de tiempo, altísimo,
sobre las gotas de un abismo?

Junto a una hierba

Yo la llamaría velilla
o plumilla...
Mas para qué el nombre
si es una sutil aspiración
o una oración delgadísima?

Es la más alta de todas, la más alta,
para la cortesía, al parecer, de todas las otras hierbas,
ante qué aire primero?

Como una fina espiga, al principio,
de tallo casi invisible,
sube, sube hacia el plumón,
hacia un aura de copillos,
hacia su propia luz de comulgante
en los altares de Abril...
sobre el dulce sacrificio
de las verbenas de Abril,
y los dones miniados
por los geniecillos hondos
de Abril...
y hace por poco flotar a las colinas
en tapices blancamente punteados
con la seda de sus horas,
hasta que éstas, cuando?
son la estrellita suspendida, muy pálida,
y apenas hilada, ay, de una agonía...

Quién dirá de sus sentimientos, oh Bose, para el azul,
y para el dios profundo de su homenaje sin fin?

Quién de su danza reverente entre las mariposas,
o espectral, en el presentimiento del crepúsculo,
bajo un latido de "aguaciles"?

Quién de sus minutos de otra brisa o de rayos misteriosos
o de hálitos ya
de no se sabe qué espíritu,
pero que curvan, delicadamente, como un escalofrío
sobre el mismo sueño de todo?

Quién de su exaltación pura de cirios
cuando el atardecer, abajo, se ha perdido?
Y quién de su silencio, fluido y algo fosfórico,
en la gravitación de los rocíos eternos,
y de sus saludos casi íntimos
que hacen nevar, aún más, la luna,
o encenderla de votos fragilísimos en una duda de ángeles?

Oh, quizás algo sordas, su corazón es así
de los imanes insospechados de una luz que no sabemos,
pero se alza gentilmente y se inclina gentilmente
en el círculo de la más perfecta adoración,
igual a un surtidor que no olvida
a su deidad oscura,
y alterna con los otros, sus hermanos, una dulce medida,
en el ritmo más aéreo...

De *En el aura del sauce*.

7 de setiembre (a las 11)

Que mar o río
es éste o ése de rozamientos en un fluir
que a la vez se extasia
y que en una nada de ribera nos suspende en su mismo
éxtasis, de cuyo enigma
al parecer, apenas si la hora emerge en unos grumos con ramillas
con filigrana todavía?

Más se trata de algo así
como la trama gracias a la cual por momentos oímos
al propio tiempo cruzando su tejido
en ese éter en que pronto, pero con intermitencias, habrá de ser urdido
el imposible
perdurando de unos tonos de rocío
aunque a través de las profundidades que alzaré, espectativamente, el día
y aunque con figuras
para, se dijera, oportunamente, inscribir
el vértigo que dibujan
algunas de las hebras en tren de desprenderse, o poco menos, de sí...
y medidas
también, para, presumiblemente, cadenciarles sus latidos
al propio anhelo casi trasvelándose, o fuera, si se quiere, de eso que hasta ritura
el despliegue de los confines...

7 de setiembre (a las 17)

La duración ya no susurra o lo hace, quizás sólo para sí,
aunque el anhelo de su discurrir
debe de darse, ahora, en aquel estupor al que muy apenas flava
y al que apenas simultáneamente irisa
la iluminación del abismo...

Oh setiembre que subes azoradamente, a la vez, y de qué aquí?...
de qué memoria u olvido
del cielo
o de aquella ilusión que con éste respiraba cuando así
lo empezabas a abrir
a unas almas de fresias, todavía
en ascenso de los limbos...:
aquella que aun hoy, hoy, vuelve contigo a ese oro que suspira
en cambiantes desde las simas
del infinito...

La niña...

La niña miró al gatito
que le exhibía
yo, como esa noche, acaso, él, que de repente da cuenta de los guiños
bajo sus párpados, de una navecilla
con tesoros de islas...

Negro, sí,
mas azules corriéndole, eléctricamente satines
y con topacios o ágatas o jades que, de su fijeza a su vez la fijan
o la aspiran
en un enfrentamiento de abismos
cuando no la libran
a vértigos de gemas en pasajes de amarillo
o de nilos...
De pronto, de qué rueda ese rumor que, de más cerca le teja
se dijera, el giro
de ese misterio a que sus manitas
se hubieran tendido
a no ser ése que las retrajese de súbito y dejara sólo a sus ojitos
en palidez, por su parte, de sensitivas,
me lo preguntaran en seguida...
Y fue luego el estupor, me pareció de esas interrogaciones ya en el nadie,
o cuando más entre los meteoritos
sobre o debajo? el bordoneo de las vueltas que apenas si despiden,
suspendiéndolo,
en un vuelo de chispas
a años-luz, quizás, de lo que habían
alguna vez sido...
Pero por qué, por qué, dije
nadie
o a lo sumo esas agresiones que quemasen a aquéllas, de improviso
en una réplica de estallidos?
No hubiera alguien con sensibilidad, por ahí
para esos zumbidos...
Alguien que, trasminando en otro espectro, acaso, de las líneas
el que haría

éste, probablemente, en un lugar, menos que un átomo todo en frenesí
de malaquita...:
alguien que oyese los gemidos
que llaman de estas gennas y repiten y repiten
las soledades en inminencias de ser, ay, aspiradas por esos torbellinos
de nuestras Estigias...
La niña, miró, azoradamente, el gatito
y luego a mí
cuando, acaso, el ronquido
la invitara en una suerte, ahora, de arrullo, al infinito
de los números, y entonces el espíritu
aquel a que apelamos, con un modo, por qué, no? de corazón tras el oído
de ángel, hubo de reducir
el vahído
a sólo el del rumbar de unas girándulas, o menos de unas drosofilas o
mosquitas
en una oscuridad de artificio,
mientras no dejase él de inclinarse de entre las otras jerarquías
de lo invisible,
por sobre las crecidas
de las súplicas
en una manera de tallos por, bajo los vértices, definitivamente hundir
hasta su inversión en las raíces
de las despedidas...
y a las que tampoco, a la vez, dejara de asumir
hasta lograr cerrar los gritos
digitalmente en el suyo, y se abra por los éteres, en consecuencia, el juicio
ése de la piedad, por fin,
que haga estallar, conforme a lo que ya Novalis quiso
las ruedas de las agonías...

Elegía
(a Julieta)

Por qué Julieta pienso en ti
en este momento de la tarde cuando Agosto, por allí, donde fuera tu país,
setembrinamente,
vahea sobre las islas?...

Julieta, me dijeron hace poco los amigos,
que una mañana te encontraron sin mañana, o en la nada de cuál? ahora dormida,
sin umbral, o en el sí
-y desde, acaso, la velada por derretir-
en el sí
por qué no? de un presente que fuese ya sin límites
o en una ausencia de líneas...

Mas yo te veo empinándote, empinándote con esas tus patitas
hacia un Juani y una Bibí
que tu afición astralizara, aún, pero incorpóreamente, y sin entonces, el acá
[de las diez
que les mojaba las miradas al adherir
a tu alegría
de recuperarlos de nuevo cuando, con los batientes, ellos daban en abrirte
las hojas del cielo...

Y te veo en esa soledad que, de improviso,
sin tus dioses y tus hijitos,
era la noche que rampaba, toda de agua y por el este de tus incursiones y visitas,
adelantadamente, sin un guiño
de lucecillas...

Y te veo, después, en un poco menos que ceguedad de puertas o éstas ya con la
[franquicia
a la circulación del fin
o de la opacidad sin remisión, debajo, aún, de aparecidos
en residuos
de encalados a la deriva...

Y te veo conjurando, también, con qué, qué vocécita
sin reflejo ni en el nadie
de líquido...

Y a continuación trotando, trotando, a pesar de tu experiencia en cartas de crecida,
trotando un desconocido
de senderillos
que daba, esta vez, por qué lados? a un derrame de silencio apenas si
estertoreamente latido
de espectros bajo la asfixia
y menos, aún, silbado, en el extremo, por ahí,
de unos llamamientos de espíritus...
y el que, en la madrugada, hasta llegaba a suspender una de hilos
de pena como para sí,
pero que te descubrían
unos relampagueos de culebra, al parecer, de corriente, a no concluir
de electrizar los enigmas
en fuga, lateralmente, de unos espartillos...
y cuyo circuito
en la unanimidad, en va y viene, de los signos
del extravío,
quizás te centellease eso que, por la intemperie en plenitud del estupor que aun le
[llovía,
les paralelara a todos a todos, tras el escalofrío,
así mismo,
de lo afrontado o lo visto,
nada menos que milenios y milenios siempre prontos a incidir
con el rayo de la defensiva
o de la ofensiva...

Mas al visionarte, Julieta, así,
midiendo por eternidades la extrañeza de unos caminos
que te devuelven de los bordes de un misterio en inminencia, sin cesar, de sumergirlos,
pero debajo él mismo
de las tinieblas en que desaparecieran, de improviso,
tus ídolos
con aquéllos que te dolían,
cómo, por veces,
en la nada de las mamilas...:
al visionarte, así,
no olvido
que junto a los «oscuros» que nos prepararon lo que se nos da como salida,
todos ellos «pupilas»,
«pupilas»
para lo «abierto» que han dicho,
en la libertad de un espacio que jamás nosotros encaramos y que es
el de los pétalos al surtir...:
no olvido
que tuya fue la presencia, con sus visos,
de lo «divino»,
a los que alzabas, en las gracias y las súplicas de un rito,
el aleteo de tus manitas...

No, no lo olvido...
mientras nosotros, perdiendo el nos en que una vez hubimos
de tocar, casi,
los secretos, siquiera, de la pesadilla
que a ustedes les soñaría,
con los del azoramiento, en consecuencia de vivir,
o mejor, que ha de vivirlos,
o de morirlos,
aquella, sobre su orilla
o detrás de los espejos que la abisman...:
mientras nosotros, perdiendo, pues, el nos sobre las tapias de los miedos
y de los deliquios,
digitalmente, de tiza...
cuando las manos en despliegue avanzaban y tanteaban, sin ojos,
ofreciéndose a lo inaccesible...:
mientras nosotros hemos quedado, al cabo, con unas ventanillas
que abren, a lo sumo, a un minuto
de la divinidad en huída
de la que no descreemos, en el fondo, al trasponer al porvenir
el cumplimiento que nos excede
y en el que, germinalmente, habrás de no ser
para el ser
en cereal de un cielo
acaso recién cielo, aunque más probablemente que en el de la ronda de los linos,
en el de la espiral, si cabe, de las crisis
de los desarrollos, y hasta en ese
del en vilo
por sobre los torbellinos...
pero en cualquier manera o paradoja de equilibrio,
una inversión, tal vez de rocío
estrellando, desde las profundidades, el piso,
en la circunstancia, del clima
al integrar en cada edad la edad aquélla sin edad, aquélla en que asumimos
unas criaturas sin medida
como si fueran nuestro bien o nuestros ángeles, aún, por esa sima
de los hechizos
donde rozamos, también, fantasmalmente, los lindes
de la tuya, oh perrita,
oh Julieta, «adoratriz»
de qué orden de halos?, despegando, casi, nuestra sombra en el batir
de unos remos de eucaristía...
con trance de levitación toda vez que respondías o accedías
al fluído
de tus deidades... o, si se quiere, en un principio
de vuelo desde «el aquí»
hacia unos nimbos
que nosotros no vemos del modo ni el alrededor, aún, de esos cariños
que nos arrodillan los días...

Entre Diamante y Paraná

Un cielo de pre-lluvia
demora y demora un estupor de grises
y de azules... de azules, es cierto en inminencia aún de decidirse...
lo demoraría
hasta esa penumbra en que habrá de desleír
su silencio, al fin,
apenas, éste, apenas, muy apenas, caído
o negado en una poco menos que adivinación de arpas, o de brillos
a soñar pero que flotarían
en hilados, quizás, con intermitencias, por ahí,
en una casi ceguera, entonces, por encima
del tecleo que habrá de cristalear, por su parte, se diría
en abismamiento
a los lados de las banquinas?:
las ramitas
deberán por él, consecuentemente, de seguir
digitando su llamamiento, o qué? de junto o en medio de un misterio de marismas
sobre una nada de vidrios?

Pero el camino
se enciende, ahora, en la irradiación de una agonía
que fija
altísimamente una nube o un cisne
más bien, de gloria, o mejor, una suerte de capullo del cual no se sabría
si se despide
o si enun fluido de oro y rosa, transcielamente, ya replica
el amanecer de sus suspiros...
Y son allá y más allá unos pasajes, no? de trigo
en subida
o en vaporización o espectralmente en fuga entre las cintas
de un verde por anochecer y todos en la misma
melodía
que despliegan y despliegan lateralmente los minutos
que armonizándose en otra línea,
hacia arriba
llegan a extasiarse en una como transfiguración de rayos de jardín
o de recuerdos, en un haz, de visos...

Mas he aquí que uno de éstos se extravía
al abatirse
y da en descubrir
lo que quedaba a un lado del asfalto, en un equívoco
de denuncia, al exaltarlo precisamente así:
lo que quedaba de un perrito
que alguien, quién? separase de la madre y de los otros de la cría:
consignados, me dijeran, sobre una bolsa, en un declive
a la margen de la ruta y contra un grupo de arbolillos...:
consignados en la prisa,
entonces, del desasimiento y del endoso, que se sigue,
del fastidio...:
consignados a lo fortuito
de una «piedad» que, por su parte, en el vacío
que la aspira
sólo puede, a lo sumo, ir delante de sí
y oír
únicamente el zumbido
de un tiempo que quisiera apurar hasta el límite
y ello siempre que no lo asimile
éste, y a lo largo, ensordecedoramente, del día...
Y entonces, me parece que la puérpera hubo de preguntar en medio de hipos
a ese desconcido
que le alzara su hijo
a un destino
al que sólo le fuera dado lamer casi en seguida
entre acaso fintas
que le impusiera el tráfico, ciertamente, ay, obstruido
por ellos allí
desgarradas aquéllas de su parte por gritos
ante el horror que aún quizás se le infligiera de que ellas debería
lacrar con su vida
eso a cuyo misterio no pudiese sino despertar más los latidos
y tenderlos no solamente por todo el curso, diríase,
de la luz, pero asimismo
por el de la propia sombra con el juego entre sí
de la fascinación de los faros hasta la corrida
de la vigilia
por desprender la última a tiempo que la vela asimismo
de las luciérnagas fosforecía
el fin
de los escalofríos
sobre el propio, en correspondencia, de las brizas...
Y fuera en ese momento cuando probablemente más habrá sentido
la ausencia de aquél, de cualquier modo, calorcillo
que les asignaran por ahí
la dispensa de lo que, ciertamente, significase un «abuso de familia»

pues el descendimiento para asistirlos
de ese cielo que llegaba por momentos aun a adherírseles,
no llegaba, a fuer de «animitas»
que era, a tocar justamente, el lado de su frío,
ese que le hiciera desesperar en la ocasión, más si cupiese, los aullidos
en la necesidad de oír
allende los vanos que abrieran, fugitivamente, los ruidos
del amanecer de la vía,
un posible
de respuesta, a pesar de los pesares, de alguna viejecita
o de algún linyera, desprendidos
de su pesadilla,
pero sin duda ellos, con oídos
a los que siempre, siempre, no se sabe, no, qué nadie,
tras la reverberación misma,
les vuelve solamente, ay, solamente, a los gemidos...:
ellos así
los únicos, o casi, conforme a la experiencia que de por ahí
tuvieran los fieles de las otras jerarquías
del Olimpo...
capaces de cortar a tiempo el lazo de lo definitivo
por correrse sobre unos hábitos...:
ellos así
como ángeles en trapos en esa lividez que profundiza
todos los precipicios
en que el alba va cediendo, ya, a los pies
de los forzados de la intemperie
cuando sin saber cómo no son éstos aspirados, de improviso,
entre los espartillos...:
ellos así
para escuchar o adivinar bajo o entre la circulación, todavía,
del ruido
los silencios que tiritan
desde el extremo, se dijera, ya, del hilo...:
ellos los aparecidos,
literalmente, de este lado, para hacer que aún no pasen al otro de su limbo
sus hermanos de aquí
si para ello bastara algo de lo recogido
de las bolsas de la noche de bajo las aceras cuando en la amanecida
del volcadero, bajo un verde de volidos
ya, o en medio de un crema ya también de ensortijados en hilitos
y entre el óseo de los otros digitales, asimismo
hurgando, pero todos nivelados, madrugadoramente, allí,
por las urgencias de la bulimia...:
aparecidos
además, en esa eternidad de un segundo de la ausencia bajo el filo
del juicio

a los olvidados, por ellos asumido...:
 o aparecidos
 de qué providencia, sencillamente, aunque en equilibrio
 acaso también para asistir
 en su deslíz
 a los anónimos de siempre o que parecieran elegidos de las caídas...
 Pero elegidos
 ellos, a la vez, por qué no? para que el alba se redima
 y así
 que la luz de la leche siquiera en algún sitio
 sensibilice
 en ese azulamiento de la fuga hacia lo alto que habrá luego de cernir
 el desdén, casi, del «espíritu»...
 sensibilice o vaya sencibilizando lo que a éste, al fin,
 justificaría
 por los desheredados, paradójicamente, de sus «títulos»
 entre los grumos de su nadir
 inclinándose para lavarle a través de las figuras
 de su piedad, con el rocío
 que llorase, desde sus estrellas, ella misma...
 para lavarle lo que, después de todo, fueran por allí
 humanamente, sus pies...
 Aunque ello, es cierto, en las antípodas, y más que espacialmente, del continuo
 que allá vuelve las arcillas
 y las lianas y los aires de un revés de apocalipsis
 en los estallidos
 de una de arañas de teratología o gigantismo
 y la llovizna
 de los desfoliantes de amarillo, sólo, a no dudar, para amarillos
 y las «flechitas»
 con aletas para demorar por tres lunas el cruce a la otra orilla,
 y no lo inasible
 de salientes por la noche ya de los tejidos...
 y todavía
 los globos en deshojamiento de esquiras
 ajenas al metal pero en familiaridad, sin embargo, con el secreto de los
 [gritos...:
 todas las «técnicas», en fin,
 de la desintegración y de la perennidad de la agonía
 para reducir
 a los condenados a un infierno de tres décadas, ya, y por estar, al último, en el círculo
 de la estrategia de la ceniza
 que hundiría
 para siempre, después, en cavidades de cosmogonía, a lo demás del continente
 [con la única
 culpa de haber ensayado recuperar, colectivamente, y aun abrir
 las líneas

del yang y del yin...
 Y más, hacia el Este «cercano» de la «civilización», las mujeres y los niños
 reos de discurrir,
 desde luego, sin saberlo, sobre el oro de las profundidades, cuyo viento
 [necesita
 aquella ilustrar e invertir
 en las llamas de la purificación para el dominio:
 reos, pues en el suplicio
 de los pronunciamientos de fósforo cayendo de unas alas en la apertura
 de una villas...
 Y en otro nivel, la «civilización» que se inflige
 en el mejor de los casos, por el señuelo de unos «bienes» a cortar el circuito
 de una sabiduría
 que florece a su hora, bien que en lo invisible,
 que debe, quizás, a unas corrientes que presionan silenciosamente, desde siglos...
 Y eso cuando ella no revierte contra la propia cetrería
 las artes de sus neblías
 pero superándolas, progresivamente, hacia la caza de los miedos,
 o de los monstruos de por encima
 de por dentro y de por bajo sí en los infinitos
 que acechan asimismo...
 Y ah, por añadidura, de este lado, en la Amerindia,
 igual descendimiento de los «super», para horror de la floresta, a ras de los que pisan
 o poco menos, ignorándolo también, unas minas del combustible.
 Y ello por entre los claros que tapa a continuación, de imprevisto, una fatalidad de
 [aluminio que todavía
 acosa, si cabe, de más bajo, a las familias,
 hasta la ilusión de las barquillas
 pues entonces, aquélla, habiendo encontrado una manera de vacío
 sobre el afluente en fiebre al blanco, por minutos del mediodía
 le adelanta un crepúsculo, en dehiscencia, de cobrizos...
 Y es más arriba
 el suicidio
 en comunidad de las tribus
 ante el solo trueno que anuncia el genocidio...
 Y es ahora mismo
 el expatriamiento, en inminencia, de las driadas del origen
 a la aventura de una orilla
 del mar de energía
 o de la «presa» a alimentar o a sangrar, de verdad bajo la desnudez
 [de algunos ríos
 por los fantasmas, acaso, ya, del fin
 de Nandurú–Arandú...
 Hay, pues, Stefan George, algún momento, en realidad, que de todo de sí
 cuando al curvar, jardinadamente, un recuerdo de círculo
 deja caer un eco, diríamos,
 de uno de sus pétalos sobre la propia palidez también en ida

de la ruta y enciende como un casi imposible
de memoria mas que abre unas líneas
que nos toca seguir
vuelos, súbitamente, a pesar de nuestro, del olvido
de Estigia,
y con todo que a aquél, en nuestro caso, le hubiésemos, naturalmente, de abrir
hacia los espacios, por qué no? del devenir
o de su devenir
con el concurso de hadas y silfos
a través de la penumbra y a través aun de la misma
sombra: ellos, entonces, en instrumentistas
de lo invisible?...

aunque... aunque... es cierto que las ondas que ahora no inmunizarían
despliegan, concéntricamente, a la vez,
la amanecida
en una rosa aun de zinc
que toca, en verdad, muy apenas las orillas
pero en la presión, ya, no puede negarse, desde el fondo del río,
de una piedad que se decide
a amartillar el propio corazón de los siglos...

Tomado de *Diario de Poesía*, Buenos Aires, invierno de 1986, pp. 16-17.